

## XXII<sup>o</sup> en Tiempo Ordinario

**Nosotros los católicos creemos que en la Eucaristía Jesucristo está realmente presente bajo las especies del pan y el vino. Reservamos las hostias consagradas en el tabernáculo; por eso tenemos el mayor respeto en esa parte de nuestras iglesias. Cuando hacemos genuflexión al entrar o salir de una iglesia, hacemos la genuflexión específicamente hacia el tabernáculo.**

**Sin embargo, una vez que la misa ha iniciado, la Iglesia Católica les pide al sacerdote y otros ministros no hacer genuflexión al tabernáculo durante la misa porque el centro de atención se traslada al altar. El altar es donde ponemos nuestras ofrendas, y de donde recibimos la comunión. El pan y el vino que colocamos allí se convierten en el cuerpo y la sangre de Cristo. El sacerdote debe dar la comunión a las personas del pan y el vino que se consagraron en esa misa. Muchos sacerdotes no lo hacen. Sino que abren el tabernáculo en cada misa, sacan las hostias consagradas de una misa anterior y se las distribuyen a las personas. Ese también es el cuerpo de Cristo, pero la comunión que reciben ustedes debería ser el fruto del sacrificio que acaban de colocar en el altar en esa misma misa. Los padres se sacrifican para cuidar a sus hijos enfermos. Los trabajadores se sacrifican para mantener a sus familias. Los amigos se sacrifican unos a otros cuando están en problemas. Ustedes se sacrifican cuando proporciona casa y sustento, cuando conducen el coche con cortesía por los demás, y cuando cuidan su propia salud. Los sacrificios que hacemos todos los días son los que se colocan en el altar en todas las misas con el pan y el vino, y después oramos para que el sacrificio mío y de ustedes sea agradable a Dios. Cuando recibimos el pan y el vino transformados en esa misa, se nos asegura que Dios nos está dando el alimento que necesitamos para sacrificarnos de nuevo en la próxima semana.**

**A veces parece como que algunos católicos piensan que la comunión que está en el tabernáculo es más sagrada que la comunión del altar. He visto a ministros de la comunión que comulgan, toman el copón con las hostias consagradas en sus manos, se inclinan hacia el tabernáculo, y luego distribuyen la comunión. Me dan ganas de preguntar, “¿Qué crees que tienes en las manos?” He visto personas que reciben el cuerpo de Cristo, dan un paso a un lado, y luego se inclinan hacia el tabernáculo antes de regresar a su lugar. Me dan ganas de preguntarles: “¿Qué crees que acabas de recibir?” La Iglesia Católica nos pide que no hagamos reverencias al tabernáculo durante el transcurso de la misa, ya que podría parecer que en realidad no creemos lo que está sucediendo en el altar - que Jesucristo realmente se hace presente bajo las especies del pan y el vino.**

**Hoy escuchamos la última de una serie de segundas lecturas de la Carta a los Hebreos. Este pasaje contrasta la acción de Moisés con las acciones de los cristianos. La carta dice que en el Monte Sinaí Moisés se acercó a un “fuego ardiente,... oscuridad,... tinieblas,... huracán,” y “estruendo de trompetas,” pero nosotros los cristianos nos acercamos a “la ciudad del Dios viviente, a la Jerusalén celestial... los espíritus de los justos que alcanzaron la perfección,” y “a Jesús, el mediador de la nueva alianza.” Cuando nos reunimos en la Eucaristía, nos encontramos en la ciudad del Dios viviente. Demostramos reverencia a Dios cuando nos inclinamos y hacemos genuflexión, cuando prestamos atención a las oraciones, cuando subimos y bajamos los reclinatorios con cuidado de no hacer tanto ruido, cuando instruimos a los niños en los buenos hábitos de la oración, cuando apagamos nuestros celulares, cuando sacrificamos nuestras vidas para Dios sobre este altar, y cuando recibimos de Dios el cuerpo y la sangre de Cristo.**